

## EL DISCRETO ENCANTO DE *INTOURIST*

**JOAQUÍN ALBAICÍN**

---

Escritor

Allá por 1927, una treintena de ex oficiales cosacos de la guardia de S. M. Imperial el Zar Nicolás II protagonizaron una gira artística –*Los Cosacos Djiguites*– en la que por toda España cosecharon aclamaciones inenarrables con sus acrobacias ecuestres. Las plazas de toros de San Sebastián y Valencia fueron dos de los escenarios honrados entonces por los cascos de aquellos corceles de las estepas montados por guerreros sobre cuyas pieles había dejado mil cicatrices la heroica lucha sable en alto contra el bolchevismo. Fue su circense cabalgada un resplandor, un fogonazo a modo de atención de que la auténtica Rusia seguía de algún modo viva.

Transcurridos cuarenta años, otro resplandor del mismo crepitante fuego, aunque prendido en un ámbito más íntimo, vino a sacudir España –por más que esta no se enterase– con el recuerdo de la vigencia de la Santa Rusia aquella tarde –11 de mayo de 1966– en que el Gran Duque Vladimir Kyrilovitch –sobrino del último Zar y declarado pretendiente a su trono– y su esposa, la Princesa georgiana Leonida Bagration, invitaron a un escogido grupo de amigos afectos a los cócteles a la proyección en su domicilio de una película sobre las bondades del reinado de Nicolás II.

El compilador y montador de los fragmentos de celuloide convertidos en documental fue Alexandre Tarsaidze, aristócrata georgiano huido de los bolcheviques y durante años en nómina de los servicios de inteligencia del ejército estadounidense. Por entonces andaba carteándose con el capítulo de Washington de la Iglesia de los Santos del Último Día a propósito de la legendaria expedición militar enviada por el Zar al Cáucaso, en plena Guerra Mundial, para localizar el paradero del Arca de Noé.

Mientras sus convidados se saludaban y ponían cómodos, el Gran Duque entreabría de tanto en tanto con dos dedos los visillos por si veía llegar atravesando el jardín a Omar Sharif. Y es que el doctor Zhivago llevaba ya unos meses paseando de la mano de Lara por las nieves de Soria y la Moncloa y quedaban también pocos para que saltase a las pantallas madrileñas la encarnación de Rasputín debida a Christopher Lee. Sería de necios, sí, poner en cuestión que fuera Yuri Zhivago quien, aquella noche, aportó la leña a la chimenea de esa solemne francachela de nobles y cortesanos expatriados... ¡Qué resplandor y qué reunión! Además de Tarsaidze, allí escrutaba y alternaba también otro espía, Andrés Révész, una especie de César González Ruano húngaro, cronista de asuntos Internacionales de *ABC* y, en la guerra civil, agente de Budapest a la cabeza de una red operante desde el *Café Ivory*.

Pero, ¿quiénes más se calentaron las manos en aquella gratificante hoguera que les devolvía por un rato reminiscencias del esplendor perdido?

Estuvo Sofía de Grecia, entonces Princesa, y sus primos políticos Alfonso – enigmática, tajante, implacable muerte le aguardaba– y Gonzalo de Borbón Dampierre. Estuvo el Príncipe Nicolás de Rumanía. Y el inteligentísimo Ramón Serrano Súñer, hombre –como yo– de un mundo anterior a la televisión. Y nada menos que la Reina Geraldine de Albania, degustadora de exilios en el *Ritz* de París, Cannes y el Egipto de Faruk. Y un tal señor Rahn que vamos a ver si no era el Otto Rahn –por aquellas fechas, sólo oficialmente fenecido– autor de *Cruzada contra el Grial*. Y los Marqueses de Villaverde y Valdeiglesias, gente de hipódromo y canapé. Y los representantes diplomáticos de los ejecutivos en el exilio de Hungría, Letonia y Polonia. Y los embajadores en Madrid de la Orden de Malta, Canadá, Dinamarca, Grecia, Noruega y – el toque tintinesco, el guiño a Hergé– Bolivia y Honduras. Y varios Bagrations, y el Jesús Suevos forjador de las *Falanges Gallegas*...

¿Vislumbró desde Moscú y en un trance Juna, la vidente de Brezhnev, cuando menos retazos de aquella tenida monárquica? ¿Por descontado que sí! Y, ¿alguno de los asistentes se encontraba en ella en calidad de informante del KGB? ¿Cómo iba a faltar uno?

Cierra los ojos quien suscribe e imagina un fondo de balalaikas y quisiera, claro, haber vivido el contubernio. Y el caso es que, quizá porque a veces querer es poder, por fin, cincuenta y seis años al cabo de aquello y también en España –en mi casa de Almendralejo y en un ámbito, pues, aún más íntimo y selecto que el antedicho y cuando todo lo ruso es vilipendiado sin tregua ni rubor–, ha llegado el tercer fognazo deslumbrante.

¡Dios mío! ¿Es posible? Pues sí. ¡Lo es! Y, ¿cómo ha sido?

Algunos de ustedes guardarán memoria de la agencia turística estatal *Intourist*, puerta de entrada a la URSS –a la falsa Rusia, a la impostora– para todo viajero deseoso de disfrutar a título particular de unas vacaciones en aquel inmenso país-celda que, en muchos respectos, abominaba de las vacaciones tal y como estas se entendían –y siguen entendiendo– en la parte del mundo no sometida a los desmanes legislativos del materialismo científico.

Un guía de *Intourist* con sonrisa de cosmonauta recibía diligentemente a los viajeros en el aeropuerto y los despedía con la misma simpatía en la correspondiente puerta de embarque una vez finalizados sus idílicos días en el Paraíso del Proletariado, en el curso de los cuales se había ocupado de que los beneficiarios de la hospitalidad de los Soviets sólo hablasen con los rusos con quienes el KGB tenía previsto que lo hicieran y montaran sólo en los taxis y acudiesen sólo a los monumentos, tiendas, restaurantes y museos asimismo previstos por la policía secreta. Aquel paquete turístico salía muy bien, porque por el mismo precio en que el visitante era guiado, alojado, alimentado y acicalado con un toquecito de lavado de cerebro y disponía de un traductor de la confianza del Partido, era también espionado a conciencia. Y al final, para compensarle de

todas las molestias, de las que era menester achacar la culpa a la desinformación y prejuicios capitalistas y de ningún modo a la sana sociedad socialista, *Intourist* le regalaba no la cinta de *Betamax* en que el veraneante aparecía borracho en su cama del hotel con una agente de campo, pero sí, como recuerdo, un disco de canciones rusas a elegir entre dos formatos: LP o dos EP.

Lo interesante es que el KGB no elaboró el índice de aquel álbum a base de letras y melodías proletarias. Todos los temas en él incluidos, cantados por *Artistas del Pueblo* tan célebres y dotados de tan hechizantes voces como Yuri Guliaev, Maya Kristalinskaya, Nani Bregvadze y Olga Voronets, eran canciones tradicionales rusas y gitanas: *Noches de Moscú*, *Kalinka*, *La costa del Mar Negro*... Ecos –por tanto– del «mundo de antaño» permanentemente denostado por la nueva Rusia, el mundo de los Grandes Duques, de sus amantes bailarinas en el *Bolshoi*, de los zíngaros cuyos violines sonaban en los restaurantes preferidos de Rasputín... Era como si, enterada de la celebración cinéfila vivida en la casa madrileña de Vladimir, la Rusia legítima lanzara, camuflada en los surcos del disco de *Intourist*, una llamada de auxilio: «¡Socorro! ¡No somos comunistas! ¡Todo es mentira! ¡Sacadnos de aquí!».

Ese grito solapado lo hemos rescatado y percibido con toda claridad yo y el arqueólogo Javier Rodríguez Viñuelas, poseedor de un excelente tocadiscos fácilmente transportable por su tamaño y a quien invité a desplazarse a Almendralejo para disfrutar nada menos que del disco de *Intourist*, obtenido de una fuente amiga y fiable en el Kremlin y que, pese a remontarse su grabación a 1971, suena perfectamente. Hay, sí, aquí una iglesia ortodoxa, mas no es fácil hacerse con un coro cosaco para animar la velada. Nos contentamos, pues, y bien a gusto, con el cartel enmarcado de la actuación de los cosacos imperiales en Valencia, una buena provisión de huevas de esturión y suficientes posavasos de la discoteca *Romanoff* de Santa Coloma de Gramanet para apoyar las copas de vodka, de whisky, de cerveza *Victoria*, del vino *Árabe* de Enrique Sani... Y así fue que, entre las brumas del alcohol y del fervor imperial, llegó a nuestros oídos y almas ese grito con tamaña nitidez y, además, como si hubiéramos dispuesto del mismísimo cronovisor del padre Ernetti, los vimos a todos: a Vladimir, a Tarsaidze, a Serrano Súñer, a los cosacos, a Julie Christie, a Rasputín, a Doña Sofía joven, a Omar en su tienda de camisas de caballero en Velázquez, a Nicolás II con el dragón tatuado en su antebrazo derecho...

Por si fuera poco, sólo semanas después de aquella velada cuasi espiritista, llegó a nuestro poder, dentro de un sobre remitido por mano anónima y que había recorrido medio mundo, una funda de cartón, tipo cartera de bolsillo, imprimida por *Eurotour* y conteniendo en su interior todos los detalles de un viaje de placer (Barcelona - Budapest - Moscú - Leningrado - Budapest - Barcelona) a la URSS de agosto de 1985. Incluía misa flamenca y visita al *Hermitage*. Acompaña además a los papeles de ruta un útil folleto explicativo de que en los restaurantes soviéticos la cuenta ha de ser siempre abonada en divisas y de que «*el ruso tiene norma de efectuar las comidas con mucha lentitud*», así como advirtiendo de que *Intourist* «*se reserva el derecho a cambiar los itinerarios y*

*hoteles sin previo aviso y no efectúa reembolso por los servicios concertados y no utilizados».* ¡Quien avisa no es traidor!

Nos preguntamos entonces –y seguimos cavilando sobre ello– si esos papeles serían aún válidos, si todavía servirían hoy de algo en las aduanas de Rusia, quizá en algún puesto fronterizo remoto, si aún se podrá, esgrimiéndolos, exigir los servicios a que en ellos un día se comprometió *Intourist*. Lo cual no dejaba de ser un preguntarnos si no será la Historia una broma y nosotros actores de un *remake* de *El discreto encanto de la burguesía*... Lo que, de ser cierto, ¡no merecería sino otro brindis con vodka!